

Quimera

Rueda la gota de rocío, cayendo de la verde hoja que la sostuvo hasta ese momento mientras, al fondo del paraje, salen las lágrimas de los ojos de la dulce niña de mejillas sonrosadas y rojizos cabellos, deslizándose por su rostro y cayendo en la fresca hierba en la que se encuentran posados, con mucho esfuerzo, sus pequeños pies. En sus heladas y temblorosas manos sostiene una carta, cuyo papel sucio delata el haber sido leída y releída gran cantidad de veces debido a la incredulidad.

Pequeña, mucho tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos y, a pesar de tu dulzura y belleza, he descubierto que mis sentimientos por ti no eran los que yo suponía, que aquello que yo consideraba amor era más parecido a lo que se siente por un familiar, por una pequeña y tierna hermanita. El mundo es grande pequeña, y en él aprendes que no todo es lo que parece y que las apariencias suelen engañarte, introduciéndote en una ilusión que de la que te niegas a salir.

Ahora me he casado con una hermosa mujer, a la cual estoy seguro de amar, y de la cual estoy seguro que me corresponde y, por eso te escribo hoy, para pedirte que me perdones y me olvides como yo lo he hecho contigo...

El tiempo pasó inclemente y las hojas verdes que alguna vez sostuvieron gotas de rocío más parecidas a lágrimas, cambiaron sus vestiduras por un color ocre rojizo hasta perecer y caer como una vez, hace mucho tiempo atrás, ocurrió con su cristalina carga...

Llegó el día en que volvió un hombre demacrado por el paso de grandes tristezas, un hombre que algún tiempo atrás había tenido una niña de sonrosadas mejillas y rojos cabellos que lo amaba más que a la luz del sol y a la cual había cambiado por una quimera, que lo había hecho sufrir lo indecible para después abandonarlo desolado por el dolor... Llegó aquel hombre ansiando recuperar lo que, por su ingratitud y estupidez, había perdido, desechándolo sin remordimientos; volvía el hombre con una luz en sus ojos soñando con el recibimiento de su “niña”, la única persona que lo había amado y a la cual había despreciado, volvió confiado en que su amada, al leer la carta que lo había precedido, le perdonaría en honor a su gran amor y lo recibiría en su tibio regazo con los brazos abiertos, para ayudarle a olvidar, con su ternura y cariño, los malos momentos pasados lejos de ella...

Subió la cuesta que hace tanto tiempo había visto llorar desconsoladamente a una muchacha a la que su ser más amado le había roto el corazón; subió sintiendo cómo las ramas y las espinas le cobraban con doloroso castigo las lágrimas de aquella que había susurrado su nombre alguna vez, en un pasado lejano... Subió a pesar de que sentía una opresión en el pecho que le decía que no merecía el amor puro que había repudiado; subió a pesar de todo y, cuando llegó al punto en el que solía sentarse junto a su amada a esperar la venida del atardecer, vio una pequeña lápida con una inscripción que así decía: “*Aquí yace una niña de rojizos cabellos y sonrosadas mejillas, una mujer que amó como nadie, una persona que murió, entre lágrimas, esperando a aquel al que adoró y que no volvería, una muchacha que rogó, hasta el último momento de su vida, por la felicidad del que destruyó la suya propia...*” y, sobre la tumba que dicha lápida guardaba, un sobre que reconoció al instante... un sobre que él había mandado hace algunos días y cuyo contenido habría hecho sonreír de felicidad a su destinataria si no hubiese llegado muy tarde...

El hombre, con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas ante el sepulcro que era la última morada del cuerpo de su eterna amante, y dejó fluir su tristeza sin control hasta que sintió el toque de una helada mano en su hombro... Al girarse vio a su niña, que tanto lo había amado, posada a su lado la cual, entre sonrisas le dijo: *-Me alegra que vinieras, te he estado esperando hace ya mucho tiempo...-* después bajó la mirada y tristemente añadió: *-Lástima que hayas tardado tanto... Mi tiempo se acabó y debo ir al lugar que me ha sido asignado, aunque estoy feliz de haberte podido ver por última vez; nunca pienses que te abandoné, no guardo rencor contra ti y jamás podría haberte deseado el mal, al contrario, siempre rogué por tu bienestar y desde donde sea que yo esté, rezaré porque seas feliz, mi más amado-*. Dicho esto, le acarició la mejilla con su fantasmal mano y se alejó, envuelta entre luces y cantos celestes, hacia el lugar en el que las almas buenas son recompensadas por sus sufrimientos y tristezas.

El hombre, viendo alejarse para siempre a su “niña”, sintió que algo se le rompía por dentro, su cerebro cedió al darse cuenta que aquella que tanto lo amaba, lo había esperado aun después de muerta, no para reclamarle su traición sino para decirle lo que él ya sabía: que siempre lo había amado de la manera más constante y que esperaba que fuera dichoso.

Algún tiempo ha pasado y se ve a aquel hombre deambular por las calles, con la ropa rota y los ojos extraviados, murmurando el nombre de su amada... Las personas se santiguan al verlo pasar y las viejas chismosas dicen cuando lo ven: *-Allí va ese pobre desdichado; dicen que le rompió el corazón a una mujer y ella, en venganza, le quitó el alma... Pobre hombre-*. Dejemos que vivan en su ignorancia, sólo nosotros sabemos la historia real y eso puede bastarnos... En realidad ese desventurado hombre no perdió su alma a manos de su amada, la perdió a manos de su remordimiento y su tristeza.

A veces nos dejamos llevar por una o muchas quimeras: el dinero, el poder, la belleza, etc., despreciando lo que es verdaderamente importante... Ojalá que no nos pase lo que a aquel hombre que se dio cuenta, demasiado tarde, de lo que en realidad interesa.